

TÍTULO: *El misterio del eunuco*

AUTOR: José Luis Velasco

COLECCIÓN: Gran Angular

EDITORIAL: SM

Primeras páginas

Los truenos retumbaban como si estallase el cielo tras un fogonazo de luz y el intenso chaparrón formaba un oscuro rumor sobre la ciudad. Bajo las arcadas que rodeaban el patio, un hombre delgado, que sobrepasaría ya los cuarenta años, paseaba nervioso de un lado a otro. Su casa era una hermosa villa alejada del ruidoso centro de Córdoba, rodeada por un amplio jardín que cerraba una tapia. A veces, se detenía para mirar las burbujas que la lluvia formaba en el agua del estanque situado en el centro del patio. Luego seguía paseando con gesto de preocupación.

-¡Este chico! ¿Dónde se habrá metido? -murmuró para sí mismo. Precisamente hoy. Anocheecía, pero los oscuros nubarrones que se aplastaban sobre la ciudad hacían que ya pareciese noche cerrada. El hombre llevaba una sencilla túnica blanca hasta los pies y una especie de casquete de fieltro en la cabeza. Se llamaba Hantal Idrissi. De pronto se detuvo, y al momento desapareció la preocupación que ensombrecía su rostro. Había oído la campanilla de la puerta exterior y una voz que siempre le emocionaba.

-¡Abrid, padre! ¡Soy yo! ¡Que me mojo!

El hombre se echó una manta sobre la cabeza y cruzó ligero el sombrío jardín para abrir la puerta de la tapia. Ante él apareció un muchacho de unos catorce años, medio rubio, con el pelo muy rizado y expresión vivaz.

-Pero, ¿dónde te has metido? ¿Cómo vienes tan tarde? -le dijo con tono severo.

-Es que...

-Vamos; vamos dentro...

Ya a cubierto, en el patio de la casa, el muchacho se excusó.

-Me entretuve con el hijo de Banisahl jugando a las tabas... Perdonadme.

Sin decir nada, el hombre se acercó al chico y puso las manos en sus hombros. Le miró, y en aquellos ojos inteligentes se transparentó la emoción y casi afloraron las lágrimas. Luego apretó al muchacho contra su cuerpo mientras le besaba en las mejillas.

-¡Que Dios te dé tantas venturas como hasta ahora, hijo mío! Y que no te deje marchar de mi lado en mucho tiempo...

-Gracias, padre.

-Hoy cumples catorce años. ¿Lo habías olvidado? Es una edad especial, ¿sabes? Todo va a cambiar en ti. Vas a pasar de ser un niño a ser un hombre... O casi un hombre. Anda, sécate y cámbiate de ropa. La cena nos espera con algo especial que te gusta mucho.

-¡Ya lo sé!: pastel de hojaldre con pichón y pasta de almendras... Eso es... Y nuestra sopa de siempre cuando entra el otoño. Poco después, Hantal Idrissi y el muchacho se hallaban sentados frente a frente sobre cómodos almohadones en una habitación acogedora de cuyas paredes colgaban ricos tapices. El suelo estaba cubierto de alfombras y un candelabro con seis velas nuevas iluminaba la estancia. Ya se habían tomado la sopa de sémola y el chico engullía con avidez un trozo de pastel.

-Padre... -dijo el muchacho.

-¿Sí?

-¿Os acordáis de vuestras dos promesas?

-A ver... ¿Cuáles? Te he hecho muchas y creo que todas las he ido cumpliendo.

-Hace tiempo me prometisteis dos cosas para el día en que cumpliese los catorce años. ¿Las recordáis?

-Dímelas tú.

-Bueno, me prometisteis decirme por qué, siendo vos musulmán, me habéis enseñado la religión de los cristianos. Nunca lo he podido comprender.

-¿Y la segunda?

-Dijisteis que me enseñaríais vuestra cueva secreta.

Antes de hablar, Hantal Idrissi tomó un trocito de pastel con mucha parsimonia, el único en toda la noche. Luego miró fijamente al muchacho.

-Está bien, cumpliré las dos promesas ahora mismo. Sí, lo iba a hacer. No lo había olvidado. Empezaré por la primera. Esperaba que terminases el pastel.

La curiosidad del chico hizo que se tragase el último trozo a toda velocidad. Después, sus ojos sólo reflejaron expectación.

-Escucha: lo que te voy a contar no debe cambiar nada entre nosotros. Siempre he vivido solo en esta casa, con nuestro esclavo Huki. Y, desde hace catorce años, contigo. Yo nunca tuve esposa.

Los ojos del muchacho se abrieron como platos.

-Pero te quiero tanto como a un hijo de mi sangre y siempre será así. Siempre.

-¡Oh, mi señor! ¡Vos sois mi padre y yo vuestro hijo!

-Claro que sí, Fernando. Pero quiero contarte una historia: después lo entenderás todo y sabrás por qué te he dado la religión cristiana. Ya sabes que yo sirvo como médico a nuestro gran califa al-Haken casi desde que ocupó el trono. Hace catorce años, me designó para formar parte de una embajada que debía visitar al rey cristiano de León, Sancho I, que aún reina allí. Eran cuestiones de fronteras y todo se arregló bien. El viaje fue accidentado y penoso. De regreso, aún en territorio cristiano, una tormenta como la de esta noche nos cogió al oscurecer en medio de los campos. La comitiva iba mojada hasta los huesos y tenía

prisa por llegar a algún poblado. Seríamos unos cincuenta hombres y nos mandaba un general. Y, ¿sabes lo que ocurrió? De pronto oímos el llanto de un niño a unas varas del camino. Nadie hizo caso. A ninguno parecía importarle que un niño llorase en aquellas soledades y con aquel tiempo. Yo me detuve para averiguar de dónde provenían aquellos berridos. '¡Vamos, continuad, señor!', me gritó el general. Pero yo no le hice caso. Desvié mi mula del camino y me acerqué al lugar de donde salía aquel llanto desconsolado. Entre unos matorrales, algo se removía envuelto en una manta. Bajé de la mula y me aproximé. Levanté un pico de la manta empapada: era un niño. Tendría pocos días, muy pocos... Aquel niño eras tú. ¿Ves esa cruz que cuelga de tu cuello? Ya la llevabas. También tenías al lado una bolsita de cuero.

Hantal Idrissi calló unos momentos. Había dejado de llover y los truenos se oían cada vez más lejos. El silencio en la casa sólo era roto por el goteo de los aleros en el patio. Los ojos del muchacho delataban asombro y ansiedad.